

» mas de una vez, y ha expuesto su vida por las ovejas que le » ha encomendado. » Vuelto al calabozo, Urbano convirtió á la fe cristiana al carcelero Anolino, que no tardó en pagar con su vida la honra de ser alistado en la milicia del Señor. Finalmente, por orden de Almaquio los santos confesores fueron conducidos á la via Nomentana para ser decapitados. En el camino, Urbano exhortaba así á sus compañeros : « El Señor » nos llama, ese divino Maestro que nos tiene dicho : Venid á » mí todos los que os hallais atribulados, y yo os aliviaré. Hasta » ahora solo hemos visto al Señor como en espejo y enigma : » hé aquí llegado el momento en que vamos á verle cara á » cara. » Los verdugos les cortaron la cabeza, y los cuerpos de los santos mártires fueron recogidos por los cristianos y transportados al cementerio de Pretextato (25 de mayo de 231). — San Urbano I se esmeró en que el servicio de las iglesias se hiciese con dignidad. Renovó los vasos del altar, antes de vidrio ó madera, en otros de plata, y especialmente mandó hacer veinticinco patenas de plata para los diversos títulos de la ciudad. Estas patenas eran de grande dimension, porque estaban destinadas á recibir los panes que cada fiel que habia de comulgar llevaba á la ofrenda. El *Libro pontifical* no hace mencion de ninguno de los decretos que posteriormente se le han atribuido bajo la fe dudosa de Mercator. Fué elevado en junio siguiente á la silla de san Pedro Ponciano, natural de Roma.

§ III. PONTIFICADO DE SAN PONCIANO (231-235).

14. El regreso de Alejandro Severo volvió á dar á la Iglesia de Roma paz y tranquilidad durante algun tiempo : á lo menos no se sabe que Almaquio haya prolongado sus violencias mas allá de esta época. Se ignora la impresion que debieron hacer sobre el ánimo del emperador los actos de su prefecto : es de creer que este príncipe, enemigo de la crueldad, llevó muy á mal los excesos de Almaquio; pero no se conoce ningun acto que indique la indignacion causada en él por el asesinato jurí-

dico de tantos cristianos. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que aun bajo el reinado de Alejandro, el mismo sistema de persecucion seguido contra los soberanos Pontífices no tardó en aplicarse á Ponciano. Este papa sufrió cruel persecucion por la libertad de su ministerio; sin embargo no fué condenado á muerte, y por decreto imperial fué desterrado con el santo presbítero Hipólito, diferente del obispo de Porto, á la isla Buccina, una de las mas salvajes de la costa meridional de Cerdeña. Separado de su silla, san Ponciano abdicó.

15. Aun no se habia terminado el negocio de la excomunion de Orígenes. Este doctor continuaba quejándose de que los obispos reunidos en concilio por Demetrio, patriarca de Alejandría, habian juzgado de su doctrina segun los ejemplares interpolados que los herejes habian esparcido en su nombre. La Palestina continuaba á ofrecerle la hospitalidad que le rehusaba el Egipto, su patria; y moraba en Cesarea. Teoctisto y san Alejandro de Jerusalem le habian encomendado el cargo de interpretar las Escrituras, y hallaban tanta utilidad y placer en sus doctas pláticas, que jamás se separaban de él. Firmiliano, obispo de Cesarea en Capadocia, profesaba igual admiracion por este hombre grande. Ya le llamaba á su diócesis para utilidad de las iglesias que le estaban cometidas, ya venia á la Judea para conferenciar de cosas divinas. En el entretanto murió Demetrio el año 231, despues de haber ocupado la silla de Alejandría cuarenta y tres años. El aprecio excesivamente afectuoso que mostró para con Orígenes en el primer período de su obispado, la severidad que desplegó contra él en el segundo, la causa del doctor Alejandrino sostenida por tantos obispos contemporáneos, abrazada con el mayor calor por san Jerónimo, presentan un problema que aun no se ha resuelto, y que ha dejado perpleja á la posteridad sobre los verdaderos sentimientos de Orígenes. Por lo demás, la muerte del patriarca y la eleccion de Heraclas, discípulo de Orígenes, á la silla patriarcal, pusieron término á la lucha. La cátedra de catequista, vacante por promocion de Heraclas al obispado, quedó á cargo de otro discípulo de

Orígenes, san Dionisio de Alejandría, que un día había de sentarse también en la silla patriarcal.

16. Alejandro Severo había emprendido una expedición contra los Germanos: las legiones, descontentas de la severidad con que procuraba el restablecimiento de la disciplina militar, y sublevadas por Maximino de Tracia, le asesinaron cerca de Maguncia á los veintiocho años de su edad (235). Maximino se apresuró á recoger el fruto de su crimen. El nuevo emperador, antiguo pastor de las montañas de la Tracia, era un gigante de ocho pies y medio de alto, grosero y sin letras, hablando una lengua medio latina, menospreciando á los hombres, de un carácter altivo, duro y feroz. Su primer cuidado fué publicar edictos contra los cristianos, á quienes detestaba por la sola razón que eran amados de Alejandro Severo. Fué la sexta persecución general que estalló contra la Iglesia. Los decretos de Maximino se dirigían especialmente contra los que enseñaban en las iglesias ó que las gobernaban. La imposibilidad material de hacerla extensiva á todos los fieles, sin despoblar el imperio, no menos que la esperanza de lograr acabar así con la religión haciendo morir á sus jefes y pastores, habían sido los móviles de su resolución. Inmediatamente se expidió orden para dar muerte al papa san Ponciano en la misma isla á donde le había confinado Alejandro Severo (noviembre de 235). Su cuerpo fué transportado después á Roma, y bajo el pontificado de san Fabian fué depositado en el cementerio de Calixto. Once días después le fué dado por sucesor san Anthero, griego de origen (3 de diciembre de 235).

§ IV. PONTIFICADO DE SAN ANTHERO (diciembre 235 - enero 236).

17. La inmensa reputación de Orígenes en el Oriente le designaba á la venganza de los perseguidores como el más incontestable doctor de la Iglesia: así es que se le buscó con cuidado muy especial. Pero retirado en Capadocia al abrigo del obispo Firmiliano, su amigo, estuvo oculto cerca de dos años en casa de una señora rica y piadosa, llamada Juliana.

Ambrosio, su amigo, diácono á la sazón, y Protocteto, sacerdote de Cesarea en la Palestina, fueron prendidos y llevados á la Germania, donde se hallaba Maximino. Orígenes escribió á su amigo una exhortación al martirio. Los dos confesores tributaron en presencia del tirano el homenaje más solemne á la fe cristiana: sin embargo no se les hizo morir, y el fin del reinado de Maximino, que solo duró hasta últimos del año 236, les volvió la libertad. En este tiempo se coloca el martirio de santa Úrsula y sus compañeras en Colonia⁽¹⁾. Tales son, con el papa san Anthero, las solas víctimas conocidas en la sexta persecución general de Maximino.

18. San Anthero señaló su pontificado de solo un mes por el cuidado que tomó en reunir las actas de los mártires, recogidas por los notarios instituidos con este objeto desde el papa san Clemente I: archivos gloriosos, que debían dar á conocer á los cristianos de los siglos venideros el precio de una victoria comprada con tanta sangre. Anthero fué delatado al prefecto Máximo, como afectando honrar la memoria de los enemigos del imperio y de los dioses; y fué decapitado el 3 de enero de 236.

(1) La tradición vulgar de las once mil vírgenes se funda evidentemente en una falsa manera de leer las expresiones: *Ursula y XIM vírgenes*. Algunos autores pretenden que el nombre de *Undecimila*, compañera de santa Úrsula, ha dado lugar á este error.